

## GAJES DEL OFICIO

*por Maricruz Espinoza*

---

Me quedé mirando la manchita de sangre que destacaba sobre el fondo oscuro de la sartén; hacía vivo contraste con el amarillo de las yemas y el blanco translúcido de las claras a medio cuajar. Traté de retirarla con un tenedor pero lo único que logré fue desbaratarla en hilillos musilaginosos. Rompí el octavo cascarón contra el fondo de un platito de cerámica: el huevo estaba huero; abrí la ventana para aliviar el mal olor; en el cielo estaban algunas estrellas brillando todavía.

Los chicos tenían un amiguito de visita, necesitaba aumentar la ración; abrí otro huevo que resultó con doble yema. Iba a llamar al más pequeño para mostrarle mi descubrimiento, pero recordé que aún dormían. Así que llené mis pulmones de aire madrugador y les grité, al estilo marinero, que ya eran las seis de la mañana más treinta minutos y diez segundos (este detalle de los segundos saca de quicio a mi hijo mayor; lo primero que hace es ir al teléfono para comprobar la hora. Entonces le grito que va a perder otros tres minutos), y que debían apurarse para estar a tiempo en la escuela.

Cuando regresé, el guiso estaba a punto de quemarse; lo revolví perdiendo así la oportunidad de enseñar las yemas al "Benjamín". "En fin, otra vez será pensé. No podía darme el lujo de perder el tiempo, y añadí unas lonjas de jamón, agité para que se mezclara bien todo y apagué la estufa. Como todo seguía muy quieto, saqué una campanita que guardo para casos parecidos y la hice sonar con fuerza. Acto seguido se oyó el primer portazo, y segundos después la pelea por la toma de posesión del baño.

—No tardes tanto, yo también quiero entrar.

—No, llegué "primeras" . . .

El niño que estaba de visita no dejaba de preocuparme: era uruguayo, había estado antes en casa y en el colegio comentó que tal parecía que nosotros siempre guardábamos dieta. Los niños se entristecieron, temían que en la escuela nos tomaran por avaros.

El chico se negó rotundamente a beber la leche alegando que en México está contaminada; "en Uruguay tomábamos la leche fresca y era riquísima".

—Era, dijo mi hija, tiempo pasado.

Defendimos nuestro producto lácteo como mejor pudimos sin mencionar, por supuesto, la cuenta millonaria de colibacilos que mi amiga la profesora Hernández, Q.F.B., me asegura reportar mensualmente en los exámenes bromatológicos, que para el mejor control de la calidad de los alimentos, practica durante su trabajo en una dependencia de Salubridad.

Nuestro invitado, tampoco quiso tomar café porque su papá le había advertido que le quitaría el sueño y si tomaba "Decaf", su salud correría peligro pues el producto descafeinado produce cáncer en el hígado. De manera que Diego como buen trapense, solo bebió agua.

Por fin los niños se dejaron venir en brioso tropel por la escalera cuidando de no tocar los pedaños, y acto seguido: la patas de las sufridas sillas del antecomedor chirriaron como llantas de Ferrari bajando la cuesta de Montecarlo.

Un grito colérico del “Benjamín” desgarró la placidez de la mañana:  
—¿Dónde está mi leche?

—Dios mío, exclamé desolada. Rápidamente saqué los paquetes del refrigerador y empecé a llenar los vasos. De pronto, percibí un ruido extraño; agité el paquete otra vez: sonó algo sólido. Tomé una taza, vertí en ella lo que quedaba de leche en el paquete y con sorpresa vi salir una linda monedita de veinte centavos que tintineó cristalinamente en el fondo de la taza.

Mi estupor no tuvo límites. ¿Qué hacer? me dije, como si la horca me estuviera esperando en la otra habitación.

Súbitamente sonó el despertador. Al sentarme, me lastimé la espalda con la cabecera de mi cama; sofoqué la alarma con la almohada, y bajé corriendo a hacer el desayuno. Rompí el cascarón de un huevo y lo dejé caer sobre el aceite hirviendo.

Me quedé mirando la manchita de sangre que destacaba sobre el fondo oscuro de la sartén . . .